

Divine City

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

Recuerdo que durante mi temprana juventud busqué siempre la compañía de los adultos (no de todos los adultos, por supuesto). Encontraba su conversación interesante y además aprendía un poco sobre los pormenores de un futuro que se avecinaba oscuro. No aceptaba que ser niño o joven encarnara un valor en sí mismo y rechazaba el contenido de una de las frases más estúpidas que he escuchado en mi vida: “Desconfía de toda persona que rebase los 20 años.” En cambio, ahora que paseo por las calles con varias décadas encima, me sucede justo lo contrario: prefiero la compañía de los más jóvenes aunque guardando un espacio para las normales excepciones. Diría, citando a Robert Walser desde mi raquítica memoria: “Que los jóvenes hagan escándalo ahora, a mí lo que me conviene es desaparecer”.

Las noticias son desde mi punto de vista sólo una comparsa de las desgracias que le ocurren a las personas más débiles. Sean de economía o de sociales estas noticias poseen sólo una dirección: hacernos saber que los más poderosos continúan labrando el mundo a su manera. En general, las desgracias suelen importarme poco ya que en sí mismo el periodismo parece ser más que nunca un baremo de la maldad. Y pese a esta constante, me he sentido más asqueado que de costumbre al enterarme de la represión que hace unas semanas cometieron policías y autoridades contra cientos de jóvenes dentro de una bodega que se hacía pasar por discoteca. No entraré en minucias porque conocemos los hechos desde siempre: ausencia de servicios de inteligencia para descubrir a los hampones, corrupción de funcionarios y un deseo evidente de reprimir el placer. Imaginemos una ciudad donde antes de cumplir siquiera 20 años tienes todo en tu contra: padres sin educación, temerosos, moralistas y preocupados por sobrevivir a la miseria económica; delincuentes

dispuestos a reclutarte; una cultura reducida a los vómitos recurrentes de la televisión; injusticias en todos los órdenes de la administración pública; y represión justo cuando deseas olvidar que has nacido en el centro de la nada.

Llamar menor de edad a una persona es una de tantas convenciones que no deben considerarse nunca como una verdad determinante. Los seres humanos caminan cada quien a su propio ritmo e intentan que la circunstancias no les sean hostiles: si uno no es tolerante en estos aspectos no tiene por qué ser autoridad de nada. Y envuelto ya en estos asuntos diré que no conozco una expresión tan odiosa como esa que invita a las personas a “divertirse sanamente”: me parece un absurdo porque los placeres en sí mismos contienen una buena dosis de malicia y juego: la diversión es también experimentación y conocimiento de lo que nos rodea. En cambio, lo que no es sano es atacar a jóvenes desarmados, cercarlos con nuestros prejuicios y acusarlos de antemano con miras a extorsionarlos. Qué absoluta incomprensión hacia los jóvenes, a sus titubeantes vicios, a su estar en el mundo a solas. Desde niño tiene uno que pensar e imaginar su propia vida, pero no es sencillo hacerlo cuando se vive rodeado de adultos infelices. Dice William Saroyan que los seres humanos estamos siempre adaptándonos desde que nacemos hasta que volvemos a la oscuridad. Tiene razón, pero en la sociedad mexicana adaptarse significa corromperse, podrirse, representar de nuevo la misma tragedia. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor. Sus más recientes libros son *Plegarias de un inquilino* (Cal y Arena), *Educación a los topos* y *Malacara* (Anagrama).